

Universos de alto contraste

Claudia Guillén



Los vínculos emocionales que establecemos a lo largo de nuestra vida, con el paso de los años se fortalecen o modifican, y quizás hasta se anulan. Si bien no podríamos establecer un canon a este respecto, por lo regular las personas que conviven con nosotros se van sin que haya manera de detenerlas. Por otro lado, ¿en cuántas ocasiones hemos habitado entornos donde nuestras relaciones nos engrandecen o nos anulan?, ¿en cuántas otras el tiempo nos permite maquillarlas con matices agradables o desagradables? Sin duda, la mayoría de nosotros contamos por lo menos con una relación entrañable, memorable, más allá de su destino final. Quizá las primeras, o las más tempranas, se establecen con el padre o la madre o los abuelos, seres que

definitivamente nos resultan decisivos, pues con una especial generosidad nos muestran la vida en nuestros primeros años.

Al ser el de las relaciones filiales un tema que nos incumbe a todos, no es de extrañar que dos grandes autores de origen judío hayan tomado a su padre como pretexto para llevar a cabo dos ejercicios narrativos. Me refiero a Philip Roth, en su libro *Patrimonio*, y a Franz Kafka en *Canta al padre*, obras que, aunque coinciden en el referente, apuntan hacia una intención distinta. Como sabemos, Roth narra el decaimiento de su padre y relata el día a día de ese hombre, quien fue motivo de una gran admiración para su hijo, y que en el momento de la narración se halla en franca decadencia, rumbo a la muerte. Por su parte, el autor nacido en Praga realiza en su texto una estremecedora catarsis de lo que representó la convivencia con su progenitor, un hombre autoritario e intimidante. Es decir, Kafka asume en forma abierta una suerte de diatriba literaria en contra del autor de sus días. En ambos casos los narradores escriben testimonios de primera mano y, con ello, dan pie a que muchos de sus lectores nos sintamos identificados con una u otra de las partes o, acaso, por momentos, con ambas. Sin soslayar la extensa gama de obras literarias que utilizan como eje la relación con el padre o la madre, menciono estos libros porque representan, antes que nada, un ejercicio de honestidad, más que intelectual, existencial, que cada vez es más difícil de encontrar.

Cito asimismo a este par de extraordinarios escritores como un homenaje a Emilio Nasar, médico gastroenterólogo y apasionado lector, que además es el

protagonista de la novela *Todo nada*, de Brenda Lozano (1981), editada por Tusquets. Esta joven, pero experimentada autora, lleva un largo recorrido en el camino de la literatura en sus menos de tres décadas de vida: es narradora y ensayista; sus textos han aparecido en diversas antologías, así como en las revistas *Nexos* y *Letras Libres*, por mencionar sólo algunas. Ha sido además, como se desprende de la lectura de su obra, una lectora insaciable. Tal vez por ello este relato aborda no sólo la relación de una joven con un abuelo difícil, sino también se constituye en homenaje a la gran literatura y a muchos de los autores imprescindibles.

Emilio Nasar muere un domingo por la mañana. Su muerte desata en su nieta Emilia una serie de reflexiones que nos conducen hacia el pasado que ambos compartieron, un pasado que comprende el final del camino del anciano y el inicio del mismo para la muchacha. Por medio de una prosa al principio entrecortada, telegráfica, como para representar el *shock* de la pérdida y el peso del luto, pero que conforme se avanza en las páginas va ganando mucho en fluidez y precisión, Brenda Lozano establece la distancia generacional entre las perspectivas del abuelo y de la nieta, con lo que imprime al relato una tensión constante que lo vuelve conmovedor y entrañable. Parecería que don Emilio fuera el estereotipo de muchos abuelos —o más bien de pocos—, porque a través de su trastocado punto de vista lo percibimos como un ser capaz de transitar ciertas obsesiones que lo hacen un hombre muy peculiar. Cuando pensamos en un abuelo de setenta y dos años, amoroso con su nieta y alejado de los demás, quizá no nos detenemos a pensar que en su

biografía puede haber zonas muy oscuras, pero en *Todo nada* el pasado que da sustento a esa biografía representa una suerte de alto contraste con el cariño y admiración que se profesan tanto nieta como abuelo, lo que es uno de los aciertos más logrados de la novela. Es decir, el lector presente —por actitudes y algunos recuerdos explícitos— que ese médico, quien se ufana de ser el mejor en su profesión y un gran amante de la literatura, no quiere ni puede cargar con su existencia pretérita. Sus actos del presente insinúan esa existencia, pero al mismo tiempo parecen restarle peso a los errores cometidos.

Brenda Lozano se vale de un lenguaje, que por momentos es bastante coloquial, que le da pie para algunos giros poéticos muy efectivos, y también para otorgar su propia voz personal a cada personaje, lo que a su vez refuerza la unión de dos mundos opuestos, unidos gracias al cariño y a la admiración que existen entre ambos. Sorprende la destreza de la autora para pasar de uno a otro sin tropiezos, y salir airosa al momento de llegar a la síntesis. Las obsesiones de la joven Emilia, quien ha experimentado un par de amores arrebatados y conflictivos, tejen las líneas argumentales que conforman el contexto de la historia de los últimos tiempos que vive con su abuelo. Así, la frescura de una

se equilibra con la experiencia del otro. Ni siquiera la muerte de don Emilio se interpone en la comunicación tan estrecha que han conseguido establecer, pues tras su deceso él la “llama por teléfono” desde algún sitio recóndito, el único donde se siente cómodo dentro del universo onírico de su nieta. Soñar que nuestros muertos viven es un lugar común para quien ha experimentado pérdidas definitivas, pero que ese sueño derive en una historia donde el lector pueda sentir que acompaña a los protagonistas en cada momento y en cada emoción, sólo se da cuando hay verdadero instinto narrativo, como resulta evidente en el caso de Brenda Lozano.

A través de las páginas de *Todo nada*, mientras deambulamos al lado de Emilia y don Emilio, recorreremos en forma muy vívida la Ciudad de México de años atrás, penetramos a espacios como la Casa Bell o el restaurante Bellinghausen, así como también los sitios donde se reúnen los jóvenes de hoy a cantar al micrófono canciones frente a un público que los aplaude sólo por el afán de pasar bien la noche. La sobriedad y la relajación. Don Emilio es exigente con el café con leche; Emilia actúa como un testigo absorto de los recuerdos del abuelo, que de alguna manera están perfilando su carácter en formación, el carácter de la niña que alguna vez quiso ser sirvienta y que terminó estudiando literatura en la

Universidad Nacional. La lógica de estos personajes no es la común, quizá por ello el relato nos produce un sutil extrañamiento que lo vuelve más atractivo, más memorable —resulta difícil recordar textos cuyos personajes sean planos y aburridos. Emilia y don Emilio son el uno para el otro: se consuelan, se buscan, se sienten, se contagian y se quieren.

Escribir una buena primera novela no es asunto menor, y menos cuando se cuenta con menos de treinta años de edad. Si a ello se le añade que el relato denota una madurez muy particular, estamos ante un doble acierto. Inicié estas líneas mencionando la importancia de los seres que amamos y cómo éstos dejan una huella importante en nuestras vidas. No sé si Brenda Lozano, como en el caso de Roth y de Kafka, haya vivido una experiencia tan estremecedora de primera mano; lo que sí sé es que *Todo nada* se lee como si así hubiera sido: la eficacia del relato así lo hace parecer.

Para mi fortuna —y creo que para la de muchos lectores—, las nuevas generaciones de narradores están dando frutos de calidad. La cosecha crece. Esperemos que se nutra y enriquezca cada

Brenda Lozano, *Todo nada*, Tusquets Editores, México, 2009, 153 pp.

Brenda Lozano se vale de un lenguaje, que por momentos es bastante coloquial, que le da pie para algunos giros poéticos muy efectivos, y también para otorgar su propia voz personal a cada personaje.